

Misión fallida

Autor: Armando Ibarra H.

El portero del Paraíso Celestial recibió una carta que, sin prisa, llevó hasta el escritorio del Altísimo; ahí quedó en la “bandeja de entrada”, esperando su turno para ser atendida. No era importante, ya que el remitente era un mortal.

Mientras tanto, allá abajo, casi en la antesala del infierno, un hombre se debatía en un mar de dudas; no pedía consejos porque nadie podía dárselos. En su entorno todo era confusión, intriga e inmoralidad; los escándalos eran el pan nuestro de cada día y el mundo seguía transitando por el camino del pecado. Así transcurría la vida entre aquellos seres miserables que se devoran unos a otros y no saben adónde van.

Muchos años atrás había iniciado el camino de su vida por un sendero que lo llevaría a un fin inevitable; él lo sabía, pero prefirió pisar los escenarios para dramatizar operetas del infortunio de su vida.

Y allá, donde no existe el tiempo, el Altísimo leyó la carta que decía: “Señor mío, Jesucristo Hijo de Dios Vivo; mi espíritu se regocija al estar en comunión contigo y mi dolor se convierte en gozo porque se cumple tu voluntad y no la mía. Acataré la penitencia que me encomiendes, y una vez cumplida, permíteme subir a la montaña otra vez y llegar hasta ti. Así como nuestra Madre Santísima accedió gustosa a ser la madre del Redentor, yo acepté ser el pastor del rebaño, de tu iglesia. Tu divina misericordia opacará el sacrificio que no pude cumplir, porque veo que mi misión en este mundo ha terminado, ya no hay camino.

Mi corazón mundano se abre ante ti, y te confieso que estoy abandonando a mis ovejas, están dispersas, y veo que la barca de Pedro se encuentra a la deriva, pero no deseo que encalle. Tu justicia divina comprenderá que las cicatrices de mi alma claman misericordia, mas no sacrificio, y espero que tu gracia transforme mi espíritu y renazca en mí un nuevo hombre; si es tu voluntad dedicarme a la oración, la aceptaré gustosamente. Mis plegarias ayudarán un poco al resurgimiento de la fe de tu iglesia; tus dones que he recibido anidarán por siempre en mi corazón, y en estos momentos de mi tribulación encarecidamente te pido me des fortaleza para soportar este dolor. Tú que eres capaz de perdonar los yerros, acógeme en tu santo seno, a pesar de haberme bajado de mi cruz. No soporté ese martirio; tú lo llevaste hasta el final. Mi cuerpo está cansado y mi espíritu flaquea. Que tus bendiciones sigan siendo el alimento divino de mi alma.

Dios mío, mañana, desde el balcón de la Basílica de San Pedro, un nuevo pastor mirará tu rebaño, y las ovejas lo aclamarán y lo seguirán. Muy pronto mi cuerpo se abrazará a la tierra; y mi alma, paciente, esperará tu perdón en el final de los tiempos... *Consummatum est*".

Al Paraíso Celestial de vez en cuando llegan pedazos de tiempo del mundo terrenal —que no está cerca ni lejos—, porque los lamentos de los hombres se esfuman en el camino.